

## II

## Julia.

El séptimo año de la vida de aquella criatura tan amada acababa de transcurrir. La hija de León de Villiers entraba en lo que se llama la *edad de la razón*, edad que se manifiesta en casi todos los niños por un aumento sensible de caprichos; mas esta brisa tempestuosa había pasado sobre ella sin azotarla: no era la niña perfecta; pero había heredado de su padre el temperamento tranquilo, los nervios pacíficos y esas sensaciones un poco lentas que no conocen las cóleras bruscas, ni los deseos repentinos, ni la inconstancia en los placeres y en las amistades. Su madre le había transmitido la facultad de amar, mas sin la firmeza altanera que había hecho la desgracia de su vida, y Julia, tranquila, cándida, amante, crecía sin que la edad cambiase su índole pacífica. El alma de esta niña parecía impregnada de bondad; el don más precioso que Dios concede, el amor hacia los otros, daba un dulce brillo á sus ojos y á su sonrisa: Julia amaba todo lo que encerraba su círculo familiar; su madre an-

tes que todo. Cora, que jugaba también con ella; la normanda Ursula, que no sabía jugar sino reñir con frecuencia; los aldeanitos que llevaban á vender la leche y las frutas, el perro negro, la cabra, los bengalis, que madama de Villiers criaba con mucha pena en una jaula dorada: todos los seres vivientes, compañeros de su vida tenían un sitio en aquel corazón infantil, y no obstante, Julia no era una de esas joyas, de las que hacen su más bello adorno las madres jóvenes y elegantes, como lo era la suya.

Su inteligencia parecía adormecida; no se podía citar ninguna réplica aguda, ninguna palabra viva y á tiempo, escapada de su boca; no sabía recitar fábulas ni estaba adelantada en ningún estudio; los esfuerzos de su madre habían alcanzado solamente á hacerla deletrear. Julia sabía además las primeras respuestas del catecismo, mas apenas conocía las notas en el piano, y no tenía la menor idea de la historia, de la geografía ni del cálculo; sus deditos inhábiles no habían podido deblegarse á ningún trabajo de aguja; en una palabra, Julia, al ir á cumplir los ocho años, era muy ignorante.

Esta idea hacía estremecer á madama de Villiers; el padre y la abuela iban á entrar en la posesión de sus derechos; muy pronto Julia iría temporalmente á su lado, y la ignorancia infantil en que vivía sorprendería sin duda alguna á los que esperaban de aquella linda flor otra cosa que caricias y perfumes. Carolina recordaba las opiniones de su madre

política y sus exigencias en cuanto á la educación y creía escuchar aún estas palabras que tantas veces habían resonado en sus oídos:

—Una mujer distinguida no debe ignorar ningún deber ni desconocer ninguna habilidad; debe tener conocimientos sólidos y talentos agradables; y una educación no es completa cuando no hace á la mujer propia á la vez del interior de la casa y del salón.

¡Magnífico programa que Carolina no había realizado, y que Julia parecía aun menos propia á realizar! De lejos, á través del tiempo y de la distancia, madama de Villiers preveía las críticas, las burlas, las observaciones punzantes y frías como el acero, que excitaria la ignorancia de su pobre hija y que recaerían sobre ella, añadiendo así un cargo más á tantos con que la habían abrumado. Hay algunas almas que sufren hasta de la sombra de una acusación por lejana, por ligera que sea, y que tienen necesidad para respirar, de que la dulce benevolencia acoja sus actos y sus palabras. Madama de Villiers era uno de esos espíritus delicados y quisquillosos, sobre todo para los que aman, y sufría mucho pensando en las reflexiones que Julia suscitaria en los que tenían sobre ella un derecho imprescriptible, á los que su vida moral no podría ser indiferente.

El instante fatal se aproximaba; una carta breve de madama de Villiers, madre, había anunciado que se esperaba á la niña en Caen el 1.º de agosto. Carolina no podía ya esperar

adornar aquella memoria rebelde, abrir aquella inteligencia adormecida, y no había más remedio que resolverse á enviar á Julia tal como estaba, con su inocencia y su bondad nativas, pero sin ningún adorno extraño.

La niña no se inquietaba; en vano se la había dicho que iba á ver á su padre y á su abuela; estos nombres apenas tenían sentido para ella; ya una ligera niebla velaba á sus ojos los recuerdos de su primera infancia; el horizonte actual era el único que conocía, y por otra parte, una preocupación inmediata la absorbía, la de la llegada de su institutriz, retardada desde hacia seis meses, y que llegó al fin, tres días antes de la partida de Julia para Caen.

La señorita Esther de la Rochette, pasaba de cuarenta años: había trabajado mucho, porque hacía veintidos que ejercía con el celo de una ardiente vocación las penosas funciones de institutriz; desde hacia veintidos años empleaba vida, fuerza y calor en abrigar almas infantiles, en animarlas con el hálito de la vida inteligente, en prodigarles la luz y la savia: había sufrido mucho porque aquellas niñas por las que se había gastado, la habían visto partir con indiferencia, y habían olvidado la nodriza de su alma, más pronto que la que les había dado el pecho y las había adormecido con sus cantos en la cuna; había sufrido, porque se hallaba sola, ¡sola en este vasto mundo! Sus padres, por los que había trabajado con tanta alegría, habían muerto; un joven hermano, de

quien era el único apoyo y que era su esperanza, había sucumbido á la fatiga de los estudios civiles; desde hacia algunos años no estaba unida á nadie por los lazos de la sangre, y así fue que acogió con alegría la proposición de madama de Villiers, que reanudaba así los lazos del pasado y le evitaba la pena de ir á llamar á la puerta de casas extrañas y de estudiar caracteres desconocidos. Una enfermedad la detuvo durante algún tiempo; pero llegó al fin, contenta y llena de confianza, y vertió lágrimas de alegría y de expansión al abrazar á Carolina, á la que había dejado en el umbral de la juventud y á la que hallaba mujer desgraciada, madre inquieta y que depositaba en sus brazos, como en los de otra madre, la niña, que iba á ser para las dos.

Julia miró durante largo rato á la señorita Esther; parecía como que estudiaba con recogimiento todas las líneas de aquel semblante serio y bueno. Después enlazó los brazos alrededor de su cuello y le dijo en confianza:

—¡Os querré mucho!

—¡Y yo también!—dijo la institutriz besando á su vez la fresca carita de la niña;—pero, Julia, ¿sabéis para qué vengo aquí?

La niña puso un dedito sobre sus labios y no respondió.

—Es para daros lecciones, querida mía: aprenderemos juntas muchas cosas muy bonitas... ¿queréis?

—Eso no me divertirá,—respondió Julia

con tono serio,—más me gusta correr por el jardín con Cora y Blach, ó vestir mis muñecas cerca de mamá, cuando ella está sentada en la estufa bajo los hermosos árboles de su país.

—Es vuestra mamá quien desea que os instruyáis, y vos le daréis mucha pena si seguís en vuestra ignorancia.

—¿Lo creéis así?

—Seguramente.

—¿Y cómo haré? Yo voy á ir pasado mañana á casa de mi papá, muy lejos, muy lejos de aquí... ¿vos, no venís conmigo, señorita?

—No, hija mía, mas cuando volváis de Caen, estaré aquí y empezaremos. ¿Querréis ser buena y docil?

—Para complacer á mamá y á vos, si,—dijo la niña como si comprendiese toda la gravedad del compromiso.

Durante dos días nada se habló de estudios: se ocuparon en instalar á la señorita Esther y en hacer los últimos preparativos para el viaje de Julia: el momento temido había llegado: la niña iba á partir, escoltada por Ursula que merecía completa confianza. La pobre criatura recibía asombrada y temerosa los abrazos apasionados de su madre, á la que dijo al fin:

—Mamá, la señorita Esther dice que no debo causarte penas: si te aflige el que me vaya, me quedará. ¿Quieres?

—¡Ay! ¡No es posible,—sollozó Carolina estrechándola aún contra su seno,—hija mía,

es preciso partir! ¡Mas piensa en mí! ¡Piensa en tu pobre madre!

Julia no comprendía, pero esta escena la conmovía profundamente: sollozaba con desconsuelo cuando Ursula, equipada de sus más bellos atavíos normandos, la tomó en sus brazos diciendo á Carolina:

—Vamos, señora, es preciso ser razonable: ¡no tengáis cuidado por la niña, que yo voy con ella!

—¡Ursula! Tu me escribirás, ¿verdad?— exclamó madama de Villiers estrechando entre las suyas blancas y delicadas, la gruesa mano de la cocinera.

—¡Estad tranquila, os digo! ¡Vamos nena mía, vamos, salgamos ya!

Ambas subieron al carruaje; la niña al ver el llanto de su madre, gritó:

—¡Yo quiero quedarme con mamá!

Mas el coche partió al gran trote y madama de Villiers, abatida, desalentada, se refugió en la estufa, donde permaneció sola durante todo el día; no se atrevía á entrar en la casa, teniendo ese vacío de la ausencia, que se parece tanto al lúgubre frío de la muerte.

Por la noche volvió á su cuarto, pasando por el de Julia; la señorita Esther estaba sentada delante de la mesa; lápices, cartones y dibujos estaban esparcidos alrededor suyo; al ver á madama de Villiers, levantó la cabeza.

—Perdonadme, — dijo ésta, — perdonadme, amiga mía, el que os haya dejado sola

durante todo el día; hubiera sido muy desagradable compañía.

—Yo he estado con vos y con vuestra hija, y he aquí la prueba, — respondió la señorita Esther levantándose y poniendo ante los ojos de madama de Villiers el bosquejo que acababa de terminar.

Era un retrato de Julia, rápidamente ejecutado, pero de un parecido asombroso; la cabeza sola estaba reproducida como la de esos ángeles que los pintores colocan en las glorias de sus cuadros, y revivía bajo el lápiz con su hermosa frente bien modelada y llena de promesas; sus ojos, de un azul obscuro, á los que largas pestañas, negras, daban tanta dulzura, y la impresión ingénnua y acariciadora de su semblante, que parecía decir á su madre estas palabras, escritas bajo el retrato:

*¡Pronto volveré!*

—¡Qué alegría me dais! — exclamó madama de Villiers fijando sus ojos enagenados en aquella dulce imagen. — ¡Querida amiga, habéis comprendido todo lo que esta niña es para mí! ¡Recibid toda mi gratitud!

—Yo la amo también, — dijo dulcemente la señorita Esther, — y entre las dos la educaremos.

—¡Con tal de que no la cambien allí! ¡Que no me quiten su corazón! — exclamó Carolina dejando ver el fondo de su pensamiento.

— Su corazón es bueno y amante; nosotros le volveremos piadoso, y le daremos á

Dios, para que después de él, sea todo de sus deberes y de sus afectos.

— ¡Es una posición tan difícil la de esta niña! — continuó madama de Villiers siguiendo el curso de sus ideas. — Entre un padre y una madre... ¿á quién elegirá?

— Amará á los dos, sin juzgar á ninguno.

— Yo no temería ser juzgada, si lo fuera con equidad, — repuso Carolina con alguna altivez, — nada tengo que reprocharme, y dejo á los demás los remordimientos del pasado.

La institutriz dejó apagar la centella de cólera que brilló por un instante en los grandes y hermosos ojos de Carolina, y tomando su mano le dijo dulcemente:

— Hagamos nuestra plegaria de la noche y oremos en ella por Julia. ¡Que Dios y sus ángeles la conduzcan y nos la devuelvan!

### III

#### Nuevos personajes.

La noche, que llega presto en el mes de agosto, había cerrado ya; cuando la silla de posta, que encerraba á Ursula y á Julia, entró en el patio de la casa de los señores de Villiers, en Caen.

Julia se había adormecido con el movimiento del carruaje; su cabecita estaba apoyada en el hombro de la criada, la que interrogaba con una mirada curiosa, y á la luz de los reverberos de las calles, las casas, que le eran bien conocidas, y se esforzaba en descubrir rostros amigos en las gentes que regresaban de paseo.

Un resplandor vino á herir los ojos de Julia y se los hizo abrir, hallándose á la puerta de una casa bien alumbrada; algunas personas se movían delante de ella; un hombre la tomó en sus brazos, la llevó al interior de la casa y la estrechó contra su seno, repitiendo:

— ¡Julia, Julia! ¡Hija mía!

La niña no conocía á aquella persona que subió la escalera con ella, siempre prodigándole caricias, que asombraban mucho á Julia. Entrando por fin, en una sala, depositó su dulce carga sobre las rodillas de una señora anciana, diciendo:

— ¡Aquí está, en fin!

La señora, que no era otra que madama de Villiers, rodeó con sus brazos el pequeño cuerpo de Julia, y la estrechó como un tesoro perdido y recobrado, en tanto que León, arrodillado al lado de su madre, besaba las pequeñas manos que tenía cautivas. Mas aquellas caricias apasionadas, aquellos semblantes desconocidos, aquel aposento extraño para ella, aquella atmósfera que no era la suya, causaron á la niña uno de esos espantos súbitos que á su edad se traducen por

gritos y lágrimas. Julia prorumpió de súbito en sollozos mezclados con gritos suplicantes y doloridos.

—¡Mamá! ¡mamá! ¿dónde está? ¡yo quiero ir con mi mamá! ¡yo quiero irme de aquí en seguida!

Madama de Villiers y su hijo trataron de calmar su desesperación; pero besos y palabras fueron ineficaces para el dolor obstinado de la niña: pugnaba por deslizarse del regazo de su abuela, separaba con sus manitas los brazos que la rodeaban, y era visible que en aquel cerebro infantil tenía lugar todo un drama. Julia creía á su madre perdida, muerta, alejada para siempre, y ella misma abandonada para siempre también á gentes desconocidas. Su gran temor podía solo explicar su gran cólera, cólera de cordero irritado, que quiere ver á la oveja su madre y da al pastor furiosas topetadas.

—¡Mamá!—repetía Julia.

—Ya la volverás á ver,—le dijo su padre,—sé buena, querida mía: ¿quiéres cenar aquí, al lado de esta otra mamá, que te ama mucho?

—¡No, no quiero! ¡yo quiero á mi mamá! León miró á su madre con aire desolado.

—¿Qué hacer?—decía aquella mirada.

Madama de Villiers puso á la niña en el suelo, fue hacia la chimenea y tiró de la campanilla.

—Que venga Ursula, la criada que ha acompañado á mi nieta,—dijo.

Un instante después, hizo Ursula su apa-

riación, ante sus antiguos señores, con aire mitad tímido y mitad uraño.

—¿Queréis acostar á Julia después de hacerla cenar?—preguntó Madama de Villiers.

—Sí, señora... ¡Válgame Dios, y cómo grita, y qué sofocada está!

Julia, al aperebir la ancha cara de la cocinera, corrió hacia ella y se ocultó en su delantal como en un lugar de refugio.

—¡Llévame!—le dijo bajito y entre sollozos.—Vamos con mamá, ¡pronto! ¡pronto!

—Sí, hija mía, sí,—dijo la cocinera con acento dulce.—Venid conmigo para cantar la nana desde luego,—venid...

La niña se asió con todas sus fuerzas al vestido y á la mano de Ursula, y sin volver la cabeza, se dejó llevar, tranquilizada en parte por aquella voz y aquella figura conocidas. Todavía lloró un poco, comió apenas, y abrumada de fatiga se durmió sobre las rodillas de la criada, quien la llevó dulcemente al lecho, y poseída de un gran sentimiento maternal, se dijo mirándola dormir:

—¡Si la pobre señora la viese!

Al día siguiente, un sol brillante dejaba pasar su oro líquido á través de las cortinas blancas y rosadas del cuartito de Julia; mil átomos danzaban en un rayo de luz; todo brillaba y reía, cuando Julia abrió sus grandes ojos, aun cargados de sueño.

Un hombre estaba sentado á la cabecera de su lecho: ésta le vió, volvió la cabeza con aire asustado, la separó para mirar otra vez,

y cuando él se inclinaba para besarla, la niña no opuso resistencia.

—¡Hija mía! ¡mi Julia! ¡mi ángel!—repitió León:—¿no me conoces?

—Me han dicho que venía á ver á mi papá... ¿sois vos?

—¡Soy yo, sí, tesoro mío! ¡mirame! ¡abrázame!

Las caricias del padre eran tan tiernas, su voz tan buena y tan dulce, que la niña no tuvo ya miedo: solo antes de abrazarlo le preguntó ingenuamente:

—¿Volveré á ver á mamá?

—¡Sí, hija mía, ciertamente; pero abrázame bien.

El pacto fue sellado, y ya no miró Julia á León como á un desconocido.

Cuando Julia estuvo vestida, la llevaron al cuarto de su abuela. Esta, que había pasado la noche en reflexiones nada alegres, tomó al verla un semblante serio y frunció ligeramente el ceño.

—Y bien, Julia,—dijo,—¿has sido hoy buena?

—Sí, señora,—respondió la niña con voz balbuciente.

—¿Por qué me llamas señora? ¿No sabes quién soy yo?

León había tomado á la niña en sus brazos, y le murmuraba al oído:

—Sí, lo sé, mi abuelita.

Julia repitió dócilmente estas palabras, y cediendo al movimiento que le imprimía su padre, inclinó su rostro un poco inquieto,

pero dulce, hacia el semblante digno y severo que le inspiraba cierto grado de terror.

El atractivo de la infancia y de la inocencia es muy poderoso, y madama de Villiers no pudo ver de cerca aquellos ojos profundos, cariñosos y cándidos sin sonreírles y sin besarlos.

Un instante después Julia se hallaba establecida en el comedor, donde estaba servido el desayuno: comía con apetito y respondía sin espanto á las preguntas de su abuela y á los alegres cariños de su joven padre; todas sus palabras tenían tal sello de inocencia infantil, que la señora de Villiers se sorprendió y no pudo menos de decir á su hijo:

—¡Me parece que está muy atrasada!

—¿Y qué importa?—respondió aquel.—¡Que siga siendo niña, ignorante, afectuosa, como es hoy! ¡Yo la encuentro deliciosa así! Ven, querida mía,—continuó levantando á la niña y llevándosela en brazos:—ven á ver tu regalo de bienvenida; juega, diviértete; puedes hacer todo lo que quieras en casa de papá.

Llevóla á su gabinete y le enseñó á lo lejos sobre las mesas y encima de sus libros y de sus manuscritos, una inmensa cantidad de juguetes, todos ricos y brillantes que arrancaron á Julia un grito de alegría; creía poseer todos los tesoros de la tierra.

Mientras que se apoderaba de ellos, su padre la miraba con delicia ir y venir de aquí allá, dejando escapar como un gorgojo de pájaro, á cada descubrimiento que hacía de

una cosa nueva, y dando á hurtadillas un buen beso á la lana de su cordero, á las mejillas rosadas de una muñeca, levantando de vez en cuando sus ojos, aun tímidos y diciendo:

—¡Gracias, papá!

Durante este tiempo, madama Villiers murmuraba:

—¡Esta es la obra de Carolina! ¡Una muchacha de ocho años que tiene menos entendimiento que una niña de cuatro! bien la reconozco aquí á ella y á su indolencia criolla! Es lástima, sin embargo, porque la criatura es encantadora, tiene los ojos y los cabellos de León y sus maneras, cuando era él de su edad.

La anciana señora hubiera deseado enojarse un poco contra la hija de Carolina: más ¿cómo hacerlo? Toda la infancia de León, los más hermosos recuerdos de su vida, dedicada al amor maternal, invadían su corazón con la voz, la postura y el rostro de Julia; esta semejanza la desarmaba; sin embargo, al día siguiente hizo una prueba.

Cuando Julia estuvo instalada á su lado, abrió el cajón de su mesa de labor y sacó algunos lindos volúmenes muy bien encuadernados: diciéndole:

—Ayer has tenido el regalo de tu papá; éste es el mío: ¿sabes leer, Julia?

—Sí, abuelita,—respondió la niña vacilando.

—Lee, pues.

El dedo de la abuela indicaba las líneas:

la niña vaciló: se turbó á la vista de este libro que no le era familiar; delectó penosamente, recorriendo las sílabas, y leyó, en fin, con gran esfuerzo el título del volumen.

ROSA Y GRIS GRAVE Y ALEGRE.

—Bien,—dijo la abuela,—toma, querida mía; mira las estampas.

—¿No leo ya más, abuelita?

—No, por ahora, no.

—¿Te imaginabas que no supiera ni aun leer de corrido?—dijo madame de Villiers á su hijo, cuando éste volvió á casa, y mientras la niña jugaba algo separada: ¡es justamente lo que yo esperaba de Carolina! ¡Su hija tiene ocho años, y no sabe lo que los niños más pobres aprenden á los cuatro en los bancos del Asilo! ¡Que no nos la hayamos quedado con nosotros!

—¡Eso no era posible, madre mía! Carolina no me había dado esos motivos de queja grave que me hubiera permitido arrebatárle la ducación de su hija.

—¿Mas cómo remediar el mal? ¿estará condenada esta pobre niña á una ignorancia completa?

—Dejemos obrar al tiempo, nada se ha perdido todavía,—dijo León, que tenía por su hija un sentimiento de indulgencia, que no había por cierto prodigado á su mujer;—¿quién sabe? una vez que empiece á instruirse, quizá adelante más de lo que esperamos.

—Acepto el augurio,—dijo madama de

Villiers, recostándose en su sillón con aire disgustado y poco convencido.

En tanto que hablaban así madre é hijo, Julia lloraba silenciosamente: había oído todo el diálogo precedente, y había comprendido que acusaban á su madre: esto bastaba para hacerla derramar lágrimas.

—Mi pobre mamá, pensaba, me hacía leer todos los días, ¡pobre mamá! y papá la defien le... ¡yo lo oigo bien!

La pobrecilla lloró largo tiempo en silencio: aquel pequeño corazón, que no conocía el olvido, se oprimía al recuerdo de su madre ausente y de sus lecciones llenas de caricias; pero ni madama de Villiers, ni León, al ver sus ojos encarnados, adivinaron la causa de su pena: esforzaronse en distraerla y alegrarla, y aunque Julia guardaba la conversación pasada en un rincón de su memoria, se dejó consolar y volvió bien pronto á la dulce y tranquila alegría que hacía el fondo de su dichoso carácter.

Los reyes pacíficos hacen también conquistas. Julia, sin esfuerzos, sin réplicas agudas ó graciosas, conquistó no solamente á su padre, sino también el corazón más rebelde de madama de Villiers: ésta no supo resistir al ascendiente de la inocencia del candor, y sobre todo á la rara semejanza de la niña con su padre, parecido que tanto ascendiente tenía en el alma de su abuela. La mirada de Julia era más poderosa que las flechas de Cupido, porque atravesaba de parte á parte un corazón que no se dejaba

enternecer con facilidad. Madama de Villiers perdonó, pues, á Julia desde luego el ser hija de su madre y después el no ser un prodigio: los ojos, la sonrisa y la voz de aquel pequeño ser habían operado esta conversión prodigiosa.

El plazo fijado para volver al lado de Carolina tocaba á su fin, cuando un día le dijo su padre:

—Julia, mañana conocerás un nuevo amigo: mi pupilo Jorge Loredan viene á pasar las vacaciones á nuestra casa y jugará contigo.

—Bien, papá,—repuso Julia, que no comprendía lo que quería decir la palabra pupilo.

Al día siguiente y á la hora de la comida, León entró conduciendo de la mano á un hermoso muchacho que podría contar trece ó catorce años, que vestía el uniforme de un pensionista, que llevaba suspendidas del brazo muchas coronas de laurel, de esas que hacen la gloria de las madres y de las hermanas.

—¡Aquí os traigo un triunfador!—dijo monsieur de Villiers, llevando el escolar hacia su madre:—primer premio de literatura, de narración francesa y de historia: nota de *excelente y accésit* en matemáticas, geografía y dibujo.

—Buenos días y en buen hora sea, Jorge,—dijo madama de Villiers, que se levantó presurosa y fué á besar al niño en la frente. Y volviéndose á la niña, prosiguió:

—Aquí tienes un amigo, Julia, salúdale.

33884

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

—Bienvenido, Jorge,—dijo la amable niña, alargando su pequeña mano, que el escolar recibió y estrechó.

—Es mi pupilo; mi segundo hijo, ¿no es verdad, Jorge?—dijo afectuosamente León.

—Sí, señor,—respondió conmovido el adolescente;—ya sé lo que valen vuestras bondades.

—Dame, hijo mío, dame tus coronas, y yo las pondré en lugar seguro,—dijo madama de Villiers.

El adolescente obedeció, mas de repente prorrumpió en lágrimas.

—¡Cuánto deseaba ofrecérselas á mis padres!—exclamó.—¡Oh, señora, dejadme una para que mañana pueda llevarla á su tumba! No he vuelto desde el día desgraciado que...

Su voz se ahogó en lágrimas y no pudo concluir.

Julia tomó de las manos de su abuela una de las coronas, y dijo:

—Toma, Jorge, la llevaremos los dos mañana.

Monsieur de Villiers la tomó en sus brazos, la besó muchas veces y dijo á media voz á su madre:

—Si su inteligencia no está adelantada, no sé puede decir lo mismo de su corazón.

La comida fué silenciosa; el huérfano respondía con dulzura á las atenciones de los señores de Villiers y á las de su nueva amiga, que se ocupaba de él con una simpatía tranquila y llena de respeto por su dolor.

Al dejar la mesa, Jorge fué á sentarse bajo el gran sicomoro del jardín.

—Dejémosle,—dijo León á su madre;—el pobre niño tiene necesidad de reposo; la muerte de su padre le ha aterrado; yo estoy asombrado de que haya podido tomar parte en los ejercicios.

Julia le miró durante largo rato por la ventana; en fin, llamando á todo su valor, reunió en su delantal sus más lindos juguetes y sus bonitos libros, ¡ay! bien intactos; bajó al jardín y se sentó al lado de Jorge en el césped. El adolescente volvió hacia ella sus ojos, cansados de llorar.

—Estáis triste; ¿por qué, por qué?—dijo dulcemente Julia.

El niño señaló al lazo de crespón que rodeaba su brazo.

—¡Yo no tengo padre ni madre!—dijo con voz sofocada.—¡Ah! ¡vos no sabéis, Julia, lo que es no tener padre!

—¿No tenéis papá?

El niño contestó negativamente.

—¿Ni mamá? ¡Eso es peor! ¡Es tan buena una mamá!... ¡Oh! ¡pobre, pobre Jorge!

Sacerdotes sábios, amables profesores, amigos fieles, habían consolado á Jorge por la muerte precoz de sus padres; mas las lágrimas que vió caer de los ojos de Julia le enternecieron mucho más.

—Mamá murió ya hace largo tiempo,—dijo Jorge;—apenas la he conocido; mas mi padre, que era tan bueno, tan tierno para mí... ¡Y ahora solo en el mundo!...

—¡No, Jorge, no estáis solo! ¿No es mi papá vuestro grande amigo?

—Es mi tutor, y era el amigo íntimo de mi padre.

—Ya lo véis; la casa de papá es la vuestra, y nosotros os amamos: mirad, yo traía todo esto para vos.

Julia desocupó su delantal sobre el césped; el escolar tomó un libro, le abrió y dijo con cierto pesar:

—Son para los niños pequeños.

—Sí, para mí; pero aún no se leer muy bien.

—¡Cómo! ¡á vuestra edad, Julia!

—Mamá me daba lección todos los días, pero no me entraba en la cabeza; ¡es bien difícil!

—¡Difícil! ¿pues y el griego? ¿y el latín? Eso es algo más árduo; es preciso aprender á leer, Julia; ¿queréis que yo os enseñe?

—Sí, quiero; pero antes es preciso que nos paseemos; ¡tenéis el aire tan fatigado! Venid conmigo á echar pan á los peces de colores.

Jorge cedió á la dulce insistencia que le atraía, á la dulce mano que le llevaba, y dócilmente reconoció el jardín, visitando el palmar, el estanque y el bosquecillo, asombrándose, el tan buen estudiante y tan sábio en temas, de hallar tanto encanto en la charla de una niña. La bondad nativa de Julia ejercía su magia allí como en todas partes, y Jorge se dijo al terminar el día:

—No tiene quizás gran talento; ¡pero qué

buenas es, y qué consoladora! ¡si yo tuviera una hermana como ella!

El escolar debía pasar las vacaciones en casa de su tutor, y durante quince días, vivió con Julia como con una hermanita querida. El humillaba su dignidad de estudiante hasta jugar á lo que Julia quería, mas exigía en cambio media hora de estudio y de atención, que Julia acordaba dócilmente. Resultó de esto, que Jorge, sin olvidar su pena, consiguió distraerla algún tanto, y que Julia, sin hacer grandes esfuerzos, llegó á leer correctamente; cambio de servicios, de consuelos y de amistad, que ligó estrechamente sus almas.

—Ya no volveréis hasta dentro de un año, Julia, y ¿qué haré yo sin vos?—preguntó un día Jorge.

—Es preciso que me vaya,—respondió la niña:—mamá piensa en mí sin cesar; estoy segura.

—Tú estás muy contenta porque vas á dejarnos,—exclamó madama de Villiers con alguna amargura.

—¡Oh, no, abuelita!—exclamó Julia con una expresión que nacía del alma; y abrazando á su abuela, luego añadió:

—¿Por qué no puedo estar con todos á la vez, con todos reunidos?

Madama de Villiers se ruborizó algún tanto, volvió á tomar su calceta y no dijo nada.

La hora de la partida llegó, en fin. Ursula, encantada de haber vuelto á ver á sus amigas, encantada de dejarlas, estaba pronta; la

silla de postas estaba enganchada, los cofres cargados, y Julia pasaba de unos brazos á otros, recibiendo los besos de despedida.

—¡Adiós, hija mía! sé buena y piensa en nosotros.

—¡Sí, abuelita! yo hablaré de vos á mamá todos los días.

—¡Hija mía! ¡mi ángel adorado! ¡qué triste es dejarte marchar!

—Ven, papá, ven con nosotros; hay sitio en el carruaje y mamá no se enfadará por eso.

—¡Hija de mi alma!

—¡Adiós, mi buen Jorge!

—Hasta dentro de un año, Julia.

El postillón restañó el látigo y los caballos salieron del patio de la casa de Villiers entre las lágrimas de todos, y tomaron el trote largo.

¿Quién podrá pintar la alegría con que Julia fue recibida en casa de su madre? Aquellos dos meses pasados en el silencio, en la ausencia, sin otra distracción que los incoherentes garabatos de Ursula, habían parecido á Carolina dos siglos de angustia; todos los peligros que puede concebir la imaginación de una madre para la hija alejada de ella, se le habían representado durante los días y las noches; las cartas de la cocinera, esperadas con tanta ansiedad, decían tan pocas cosas, y las decían tan mal...

—¡Dicen que está muy buena!—exclamaba Carolina;—¿pero estará agena de peligros?

—¿De qué peligros?—preguntaba mademoiselle de la Rochette.

—¡De mil! hay un estanque y se puede caer en él!... ¡si rodase por la escalera de piedra! ¡si la dejan salir sola á la calle entre los carruajes y los caballos! ¡yo no sé qué imaginar ni qué temer!

—¡Lo veo, desgraciadamente! Poned vuestra confianza en Dios, querida Carolina.

—Me atormentan además otros temores: ¿le hablarán mal de mí? ¿Me robarán su cariño?

—Concedéis á monsieur de Villiers y á su madre sentimientos elevados; ¿cómo acordarlos con semejantes suposiciones?

—¡Es verdad! ¡Estoy loca; pero soy muy desgraciada, perdonadme!

Desde que Julia llegó, desde que hubo abrazado á su madre con gritos de alegría, aquella sintió que no había perdido nada y que el corazón de su hija, enriqueciéndose con afecciones nuevas, nada había perdido para ella: el tesoro volvía entero.

—¡Mi Julia no ha cambiado, es la misma!—decía por la noche la joven madre á la señorita Esther,—y no obstante, ama con ternura á su padre y á su abuela; habla de ellos con complacencia y veo que han sido muy buenos para ella.

—¡Tanto mejor, mi amada Carolina! Me asusta lo que es demasiado exclusivo; el alma humana es espaciosa y puede alojar y amar más de un objeto á la vez.

—¡Ah! no tengo celos, y encuentro justo